

EL SENTIDO APOSTÓLICO DE LA IDENTIDAD DOCENTE DE GABRIELA MISTRAL

Leonardo Martínez Carrizales*

*Será esto la eternidad
Que aún estamos como estábamos*
Gabriela Mistral

INTRODUCCIÓN

Gabriela Mistral murió el 10 de enero de 1957. Casi inmediatamente después de darse a conocer el fallecimiento de la escritora chilena, Carlos Pellicer, uno de los escritores mexicanos que fuera más próximo a la personalidad y la obra de Mistral, escribió “Siete sonetos para Gabriela Mistral”. En seguida, citaremos el soneto que Pellicer redactó el 22 de enero, tercero de la serie, a modo de ejemplo de la naturaleza de tales exequias literarias. Gracias a la mejor y más profunda tradición literaria vinculada con la muerte, en este soneto el dolor personal, individual e intransferible se atempera en beneficio de una expresión grave, general, casi diríamos abstracta, del misterio que se manifiesta a los seres humanos con motivo de la pérdida de un ser querido. Un misterio de “tres tardes con ventanas exhaustivas”; un

misterio agotador que luego de “una extranjera calma” nos arroja a un “amanecer en el vacío / donde todo lo grande es tan pequeño”.

Gabriela, cuánto mar te traigo ahora:
barcos de arena y sal y perlas vivas.
Se ablandaron las rocas corrosivas
que destruyeron negras a tu aurora.

Te he sentido morir hora por hora
y me llené de manos pensativas.
Tres tardes con ventanas exhaustivas
se arrancaron la estrella precursora.

Y eso fue anochecer sin que se viera
nada en la oscuridad. Una extranjera
calma inundó los mármoles del sueño.

Y eso fue amanecer en el vacío
donde todo lo grande es tan pequeño
que el mar es como el ángelus de un río.¹

Los sonetos de Carlos Pellicer fueron publicados en la edición del suplemento *México en la Cultura* del diario *Novedades* correspondiente al 1 de febrero de 1957.

* Profesor del Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

¹ Carlos Pellicer (1996), p. 439.

Una semana después de que estos poemas se difundieran, Alfonso Reyes, recordando la herida nunca cicatrizada que dejó en su corazón y en su obra la muerte violenta de su padre, el general Bernardo Reyes, ocurrida el 9 de febrero de 1913, se dirigió a Pellicer en estos términos: “Hace 44 años nos mataron a mi Padre, de que nunca puedo aliviarme. En esta afinación de los sentimientos, tus sonetos a Gabriela corren como un arco sobre la cuerda templada de mi alma. Gracias”.² El artículo que viene a continuación, pasando de lado por datos, referencias y juicios propios de la historia literaria, se ha escrito con el propósito de entender “esta afinación de los sentimientos” que ocurre gracias a “la cuerda templada” del alma de ciertos seres excepcionales gracias a la experiencia profunda de la literatura. A quien prefiera ignorar este asunto, se le ofrece también una exposición de la naturaleza emotiva que caracterizó el trato amistoso mantenido durante varios años entre Gabriela Mistral y Alfonso Reyes. En el territorio de esas emociones se destaca la matriz simbólica de índole cristiana gracias a la cual Gabriela Mistral se construyó a sí misma en su obra como una maestra. De allí el título de estas páginas.

LA LITERATURA COMO INSTRUMENTO CÍVICO

El recuerdo de la muerte de Gabriela Mistral es una obligación no sólo para su patria, Chile, donde nació en 1889, sino también para todos los pueblos de la América Latina a los cuales consagró tanto sus páginas como las gestiones políticas en las

² Carlos Pellicer/Alfonso Reyes (1997), p. 58.

cuales invirtió su crédito internacional. La *expresión de América* correspondiente al siglo XX tiene en los libros de esta escritora uno de sus fundamentos literarios más sólidos. A este respecto, Alfonso Reyes se preguntaba en un homenaje rendido a la escritora en 1950 lo que transcribo a continuación: “¿Qué sufrimiento, qué alegría la encontraron nunca indiferente? ¿Qué latido de nuestra América no ha pasado por su corazón?”.³ De esa enorme geografía literaria y afectiva se destaca México, país que fue muy apreciado por los sentimientos más profundos de la escritora. Así, la vida y la obra de Mistral se encuentran unidas estrechamente a nuestra nación, donde vivió dos periodos fecundos y de la cual obtuvo motivos que cualquiera puede reconocer continuamente en sus poemas; por ejemplo, el maíz, Pátzcuaro, Oaxaca, el Mayab, la meseta del Anáhuac o los pueblos indígenas. Incluso en su conversación cotidiana, registrada mediante su correspondencia, los motivos de México salen a nuestro paso frecuentemente no sólo como datos de la experiencia, sino como apoyos simbólicos que expresan la emotividad, la descarga de las emociones.

Gabriela Mistral llegó a sostener un trato constante con algunos personajes muy notables de la república literaria y política de México; compartió sus afanes, observó sus intrigas e intervino en sus negociaciones; se hizo acreedora de reconocimiento, cariño y admiración, pero también fue blanco de ataques, lo cual viene a ser, entre los mexicanos, a veces, una forma paradójica de aceptación en los

³ Alfonso Reyes (1989), p. 143. Antes de formular las preguntas retóricas que cito en el pasaje que da pie a esta nota, Reyes escribió esta frase: “Gabriela es un índice sumo del pensamiento y del sentimiento americanos” (p. 142).

empeños comunes. En este sentido, se puede afirmar que la escritora chilena formó parte de la red en la cual se organizaron los escritores mexicanos de la primera mitad del siglo XX, se incorporó en las estructuras de sociabilidad mediante las cuales éstos se apoyaban y cobraban conciencia de sí mismos, y participó del clima intelectual bajo cuya atmósfera se llevaban a cabo los actos de estos personajes de la vida pública de México.⁴

José Vasconcelos, el ministro del presidente Álvaro Obregón, reclutó en el ejército de profesionales que emprendieron la cruzada educativa de los años 1921-1924 a la escritora chilena, entonces ya reconocida como una de las personalidades más distinguidas de la nueva generación literaria en su patria y como una educadora talentosa, experimentada y moderna. La autora de *Desolación* fue una de las animadoras más notables de un movimiento de carácter tanto pedagógico como literario, común en el periodo, que vinculó la recuperación de tradiciones de matriz oral y folclórica, la elaboración culta de estos materiales y su aprovechamiento en la integración de los repertorios de documentos que los niños tendrían que leer como sustento de su educación. Los rasgos intelectuales y literarios de estos materiales didácticos podrían confrontarse útilmente con los primeros poemas de

⁴ A propósito del manejo en el párrafo que da pie a esta nota de conceptos como *red*, *sociabilidad* y *clima intelectual*, consúltese Jean-François Sirinelli (2005), pp. 58-78. En este artículo, Sirinelli sugiere los instrumentos conceptuales que podrían servir de base a una historia de los intelectuales que se radique en las estructuras sociales que les son pertinentes. Abrigo la convicción de que los años mexicanos de Gabriela Mistral podrían estudiarse con provecho bajo la perspectiva abierta por esta clase de conceptos.

Bernardo Ortiz de Montellano, José Gorostiza y algunas canciones de Jaime Torres Bodet con el propósito de plantear con base en un testimonio de índole textual la comunidad de intereses y perspectivas que vinculó a Gabriela Mistral con sus compañeros de ruta bajo el manto protector de Vasconcelos. Mistral admiró en el autor de *Ulises Criollo* al partidario de la unidad de América y al maestro misionero, al funcionario y al hombre de letras; después las pasiones de este sujeto enérgico y errante terminarían por desconcertarla y apartarla de él. Prudentemente, la escritora chilena permaneció distante con respecto de las tormentas políticas que convirtieron a Vasconcelos en un opositor al régimen presidencial del cual había sido un brillante servidor; no obstante, aquélla no dejaría de ser ocasionalmente una víctima de la maledicencia política que se suscitó durante los años siguientes como resultado de la gestión política de éste. Traemos a cuento esta situación incómoda y lamentable sólo como un índice del grado en el cual la escritora chilena se había incorporado en los mecanismos de organización y desarrollo de la vida literaria en México. Mistral abandonó nuestro país para continuar su trayectoria de mujer de letras y educadora en otras latitudes. A propósito de Vasconcelos, guardó silencio en cuanto a sus labores políticas y no cesó de rendir honores y expresar su agradecimiento al funcionario que había sido el encargado de administrar la educación pública de México.

A finales de los años cuarenta, durante su segunda estancia entre nosotros, Gabriela Mistral vivió en Veracruz donde desempeñó tareas como cónsul de su país y como una educadora entusiasmada con los proyectos de su anfitrión, Jaime Torres

Bodet, titular de la Secretaría de Educación Pública. Cuando éste se convirtió en director de la UNESCO y, desde sus oficinas en París, impulsó la creación de un centro de formación de especialistas y de elaboración de materiales de enseñanza necesarios para una campaña de educación en América Latina, con sede en Michoacán, Mistral aprobó el plan con una alegría sin reservas. Si se plantea en el escenario del desarrollo de las trayectorias de quienes conformaron la red dominante de los escritores mexicanos de la primera mitad del siglo, la residencia veracruzana de esta escritora parece el efecto de la experiencia de los años veinte a la cual hemos aludido.⁵ No es éste el lugar propicio para describir los trabajos mexicanos de Gabriela Mistral; trabajos que merecen un estudio crítico que supere la perspectiva anecdótica que suele primar en quienes han hecho suyo este objeto de análisis, y que los integre en el conocimiento de las instituciones, los mecanismos de sociabilidad y las orientaciones intelectuales que vinculan a los escritores latinoamericanos con la política y la sociedad del periodo señalado en nuestros comentarios. Al margen de este proyecto de estudio, sólo quiero traer a la memoria que el nombre de la escritora chilena se encuentra ligado a las políticas públicas que el Estado mexicano llevó a cabo a propósito de educación durante dos épocas brillantes para estos empeños, los años veinte y los cuarenta. En este complejo escenario ha de recortarse la figura histórica de Mistral.

Al margen de los reclamos de la administración pública, Gabriela Mistral llevó a cabo una incorporación completa del

paisaje natural y humano de México en sus libros. Se trata de una integración de los referentes naturales y culturales de su experiencia mexicana en el sistema expresivo que la caracteriza como escritora: una textualización de ciertos motivos mexicanos en la poesía de nuestra autora. El ensayista Jaime Concha, según la cita de Jaime Quezada, ha señalado la *mexicanización* de, al menos, el primero de los libros de nuestra escritora, *Desolación*. Al parecer, México duplicó en la memoria de Mistral las emociones de su tierra natal. Así, por ejemplo, el Ixtlazíhuatl, “virgen deleitosa”, es en sus versos el sucedáneo de la cordillera andina, “Judith tremenda”.⁶ El poema que expresa más directamente la vinculación entre México y Chile operada por Gabriela Mistral es “Patrias”, perteneciente al libro *Lagar* (1954). Incluso México vino a su encuentro mucho antes de conocer efectivamente la meseta del Anáhuac gracias a la embajada de uno de los poetas mexicanos más importantes a principios del siglo XX: Amado Nervo. Esta anticipación de México en la conciencia literaria de Gabriela Mistral merece un comentario.

La humilde maestra de escuela rural sólo reconocía entre sus lecturas más cordiales a unos cuantos autores, todos ellos notables por un sentimiento cristiano del mundo anterior a la teología y al poder de Roma. Allí figura Nervo, oriente dulce y pacífico de las tribulaciones morales y anímicas de la escritora, poeta que le ha concedido la gracia de un sueño tranquilo:

⁵ Sobre el comentario de Jaime Concha, se lo encuentra en Gabriela Mistral (1993), p. XIII. A propósito de la comparación del Ixtlazíhuatl y la cordillera andina, léase el poema “El Ixtlazíhuatl”, en G. Mistral, *op. cit.*, pp. 42-43. El poema “Patrias” se encuentra en *Ibid.*, pp. 247-248.

“Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz”; modelo de una poesía que, de vuelta de las aventuras estéticas del modernismo, se remansa, reposa, recobra su sencillez y aspira a servir a la experiencia de la persona.

Te recuerdo también, deshecha de dulzuras,
Verso de Amado Nervo, con pecho de paloma,
Que me hiciste más suave la línea de la loma,
Cuando yo te leía en mis mañanas puras.⁷

En esta experiencia de lectora, la poesía parece abandonar su orgullosa autonomía de índole estética para inclinarse ante las emociones del sujeto y servirles de cauce. Por ello, Alfonso Reyes, al apreciar la obra de la escritora, sin dejar de señalar el poder y la diversidad del paisaje que adopta como asunto de su discurso ni “las excelencias técnicas y aun las agilidades ingeniosas” de sus versos, destaca sus “moradas interiores” a la manera de Santa Teresa y su descubrimiento de “una nueva dimensión en las honduras de la conciencia”.⁸ Esta perspectiva de la expresión literaria también se apoya en la admiración que Gabriela Mistral profesó tempranamente por otro poeta mexicano de la estirpe de Amado Nervo: Enrique González Martínez.⁹ La poesía de estos escritores (Ner-

vo, González Martínez, Reyes y la propia Mistral) indica los valores ideológicos y simbólicos que compartieron a propósito de la literatura, y que sustentaron la base de su solidaria gestión pública. Se trata de valores que moderan, y aun castigan, los experimentos formales llevados a cabo por los más ambiciosos modernistas, y que devuelven la literatura a los contextos propios de la experiencia y los sentimientos de la persona, materia de una expresión dulce, sincera y sencilla. Estos valores explican en parte la acusada perspectiva social que esta clase de escritores imprimió a sus actividades durante la primera mitad del siglo XX. En esta clase, Mistral representa un caso muy destacado. Desde el territorio en el cual la literatura recupera como propia la expresión de las afectaciones más profundas de la persona, quiero evocar el trato amistoso que Gabriela Mistral sostuvo con Alfonso Reyes, así como también el último, conmovedor regalo que aquélla le hizo llegar a éste poco antes de morir.

poeta, el comentarista profundo de todas las artes, y el traductor mejor de habla castellana que ha tenido la lengua francesa”. Artículo referido y citado en Claude Fell (1995), p. 47. La admiración fue correspondida, también tempranamente, por Enrique González Martínez como consecuencia del conocimiento que éste adquirió de la poesía chilena cuando representó a nuestro país ante el gobierno de Chile entre los años 1920 y 1922. “Los chilenos se habían caracterizado por cierto desapego de [la] poesía, se enorgullecían de ser más juristas, historiadores y políticos que poetas. Pero en 1920 ya una generación juvenil o en plena madurez sabía estimar debidamente sus viejos valores literarios, y estaba produciendo obra rica y nueva. El grupo de Los Diez albergaba en su seno a Magallanes Moure, a Pedro Prado, a Ernesto A. Guzmán, a Eduardo Barrios, a Gabriela Mistral, ya grande, pero escondida todavía de la gloria en una escuela rural de Temuco”. Enrique González Martínez (2002), p. 207.

⁷ La estrofa citada proviene del poema “Mis libros”, perteneciente al primero de los poemarios de Gabriela Mistral, *Desolación* (1922), *Ibid.*, pp. 12-13. El verso citado antes de la estrofa referida pertenece a “In memoriam”, encomio de Amado Nervo a propósito de su fallecimiento, *Ibid.*, pp. 10-11.

⁸ Alfonso Reyes (1960), p. 270.

⁹ En agosto de 1921, Gabriela Mistral escribe un artículo titulado “La cultura mexicana” en el diario *El Mercurio*, de Santiago de Chile. En esas páginas, leemos lo siguiente: “[...] y tenemos entre nosotros, para honra y alegría de la ciudad que lo hospeda, a Enrique González Martínez, el alto

LA DOCENCIA CRISTIANA

Las citas de Alfonso Reyes que hemos recordado en estas páginas nos ayudarán a allanar el camino para demostrar la primera importancia que tuvo el escritor mexicano en los afectos de Gabriela Mistral. Con el autor de *Visión de Anáhuac* la poetisa sostuvo una amistad, además de muy larga, constante, compleja y profunda. Testimonio de un trato sostenido por un lapso de 30 años, aproximadamente, que comenzó a urdirse cuando ambos escritores coincidieron en París durante la segunda mitad del decenio de los veinte, es un epistolario editado en 1990 por Luis Vargas Saavedra.¹⁰ Esas cartas no dejan lugar a dudas de la constancia y la sinceridad del afecto que se profesaron el uno al otro y que llegó a implicar a doña Manuela, esposa de Reyes, a su hijo y a Palma Guillén en una pequeña comunidad cordial de “larguísimas conversaciones de días enteros”, desvelos, risas infantiles y cuentos. Una comunidad que debió apoyarse en el recuerdo de los amigos mexicanos comunes a ambos para luego afinarse y afincarse gracias al descubri-

miento directo que hicieron de sí mismos el uno del otro.¹¹

Hacia 1929, cuando Reyes ya había abandonado la embajada de México en París, sita en la rue Cortambert, Mistral le confiesa lo que en seguida copio: “Ud. tuvo sobre mí, Reyes, una influencia que no le dije y que le digo sin vanidad tonta de querérmele hacer su pariente. Entiendo ahora que fue desgracia perderlo pronto. Dios me lo traiga cerca”. Y como esta plegaria nunca fuera escuchada, la escritora chilena se hizo de una familia vicaria y virtual en cuyo seno purgar sus emociones: “Ningún remordimiento ha alcanzado a darme mi silencio con ustedes porque estoy hablando de ustedes siempre y cuando no tengo con quién hablar, pensándoles; que les lleguen a ustedes esas palabras interiores alguna vez para que no me crean ni ingrata ni indolente”.¹² En otra ocasión, Mistral expresará su aprecio con estas frases:

¹⁰ Luis Vargas Saavedra (1990). A propósito de la amistad tejida durante el periodo en el cual Reyes se desempeñó como embajador de México en Francia, entre los años 1924 y 1927, leamos lo que copio a continuación: “Le debo carta a Manuela y les escribo a los dos porque así me siento en la casa de Cortambert en los buenos días y las buenas noches, de sabidurías familiares que decía Alfonso, y disparates míos muy solemnes (p. 53).” Gabriela Mistral coincidió con Reyes en París porque en 1926 ésta había sido enviada allí por el ministerio de Relaciones Exteriores de su país como consejera del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones.

¹¹ Alfonso Reyes (1969), pp. 85, 123, 176, 184. Conviene transcribir una de estas referencias en el diario de Reyes, correspondiente al día 17 de febrero de 1926: “Están en París Gabriela Mistral y Palma Guillén, con quienes he tenido larguísimas conversaciones de días enteros. Palma está cada vez mejor, y Gabriela es mucho más inteligente de lo que cree el mismo José Vasconcelos. Parece una gran montaña, por cuyas faldas ruedan los ventisqueros y aludes, y sigue quieta, entre los truenos de abajo” (p. 123).

¹² L. Vargas Saavedra, *op. cit.*, p. 80. Alfonso Reyes corresponde a esta clase de declaraciones con palabras como las que siguen: “Escribame pronto, que me faltan sus letras. Tengo aquí, siempre a la vista, dos espléndidos retratos de Ud., de frente y de perfil. / Manuela y Alfonso me encargan saludos cariñosos. Yo la abrazo con intensísimo afecto” (p. 92). “Téngame de su recuerdo. Entre la gente de mi casa es usted siempre un huésped invisible. En mi espíritu una compañía comfortable.” (p. 128.)

Yo lo tengo casi ensartado en mi vida y es raro que algo escriba sin que me caiga a los ojos –y a la mano– algún recuerdo de Ud., o alguna enseñanza o algún contagio menudo que le debo, en lo mejor de mí, que en lo peor Ud. no tiene parte alguna... [...] No sé qué clase de apego le tengo, no le sé bien el nombre a este vínculo, pero es muy fuerte, muy durable y lo creo sin riesgo de rotura en este mundo, aunque sea un poco temerario decir esto, ya que toda clase de amarras se sueltan acá abajo...¹³

Los avatares del servicio diplomático depurado a nuestros personajes terminaron por dilucidarse bajo la luz suave de una amistad fraterna que, a medida que pasaba el tiempo decantando en ambos las ambiciones legítimas de la profesión, se centrará en asuntos tan graves para Gabriela Mistral como la soledad, la muerte y el dolor, materias constantes en su discurso que indican la intensidad y la lucidez con las cuales apuró las copas de estas experiencias. El fallecimiento de su madre en 1929 fue uno de los acontecimientos que más sacudió a la escritora recluyéndola en “una larga y sombría posada”, “un país en que viví cinco o siete años, país amado a causa de la muerte, odioso a causa de la volteadura de mi alma en una larga crisis religiosa”. No son pocos los “frutos del dolor” que esta experiencia dejó en sus poemas.¹⁴ Esta herida se advierte fresca todavía al dirigirse a Reyes cuando éste sufría trance parecido:

Muy mala cosa la muerte de la madre en la ausencia, Alfonso; todo lo demás puede pasar en la tierra de una mientras se camina, absolutamente todo, menos esto. Usted tiene más defensas de las que yo tuve en igual trance, pero aún así, ese despojo le ha de dejar muy marcado, porque se queda uno bien diferente después de esa muerte, aunque camine bien con cualquiera otra, la que sea. No es consolación la que le estoy dando, y es que me acuerdo de que a mí tampoco me gustó que me fuesen con una consolación en esto tan serio. Es enteramente cierto el que se comienza a hacer polvo alguna cosa en cuerpo y cara después del día ése, y mejor ceniza, y que los óptimos días no levantan eso enteramente después que ocurrió. [...] Mucho más le diría, si no fuese tan inútil.¹⁵

En la correspondencia de Gabriela Mistral y Alfonso Reyes se retrata una mujer apasionada, cálida, proclive a reír y a sufrir, sencilla y elementalmente cristiana, no ajena a los enojos ni a la censura de las pequeñas miserias humanas. Siempre sincera, franca para expresar sus padecimientos más personales (así físicos como emotivos) y sus urgencias políticas. A este respecto, los ejemplos sobran indicándonos el atributo constante de una personalidad nerviosa y activa. Piénsese en las gestiones continentales que anima gracias a la diplomacia, el correo y el periodismo

¹³ *Ibid.*, pp. 130-131.

¹⁴ Las frases entrecuilladas pertenecen a los comentarios de la escritora a su libro *Tala*, Gabriela Mistral, *op. cit.*, p. 173.

¹⁵ Luis Vargas Saavedra, *op. cit.*, pp. 101-102. Otro pasaje muy significativo a este respecto es el que corresponde a las reflexiones que en Gabriela Mistral despertó la muerte de Stephan Zweig, p. 136. Mucho más intensa es la expresión del dolor que suscitó en ella la muerte de su hijo adoptivo, p. 147. Sobre la muerte de la madre no puede olvidarse la primera sección del libro *Tala* (1938), Muerte de mi Madre, G. Mistral, *op. cit.*, pp. 113-122.

a favor del exilio decoroso para un perseguido político, para un amenazado por la violencia de la guerra; piénsese en las demandas de ayuda profesional a favor de sus amigos, sus estudiantes o sus trabajadores. Y también ténganse en cuenta algunas de sus preocupaciones más abstractas, que también le reclamaron no escasas energías. Tal es el caso del americanismo que profesó con una decisión no exenta de rudezas y palabras fuera del tono impuesto convencionalmente por la cortesía internacional; un americanismo que se reconoce en el debatido color local de los paisajes naturales que abundan en su obra, pero también en sus posiciones políticas más definidas en defensa de los marginados del continente, muy señaladamente las comunidades agrarias. Gabriela Mistral hizo valer su estatuto diplomático y el patrimonio simbólico que le granjeó el Premio Nobel para reclamar la incorporación de América Latina en el diseño de políticas culturales, educativas y de asistencia social que corrieron a cargo de los Estados Unidos y los países de Europa Occidental durante la posguerra. En consecuencia, el activismo de nuestra escritora no puede circunscribirse al mero elogio del paisaje americano ni a meras declaraciones de carácter idealista. Por el contrario, Mistral desempeñó el papel histórico de un escritor socialmente construido en América Latina que proyecta la actividad de su gabinete literario sobre la administración de la ciudad, valiéndose oportuna y honradamente de los órganos y los instrumentos de gobierno que son puestos a su alcance.¹⁶

¹⁶ Esta compleja actividad se apoya en un trabajo literario constante. Luis Vargas Saavedra, editor de los documentos inéditos de Gabriela Mistral,

Si Gabriela Mistral acudió repetidamente a Alfonso Reyes en busca de una autoridad de primer rango para la causa de América,¹⁷ no lo hizo menos como partidaria de la civilización occidental de matriz grecolatina en el escenario de la conflagración europea. En este aspecto, Mistral tuvo suficiente sensibilidad para sumarse al llamamiento a defender los valores políticos y culturales de la civilización occidental mediante el estudio y la difusión de la herencia de la antigüedad grecolatina que hicieran eruditos como Gilbert Highet y Werner Jaeger. Entonces compareció frente a Reyes, antes que como una lideresa que convoca a sus pares para el combate ideológico, como una alumna que confiesa sin desdoro de sí misma que el conocimiento de algunas materias relativas a la Antigüedad clásica le eran ajenas y, en definitiva, la rebasaban.¹⁸

terminó por reconocer en nuestra escritora una actividad ingente que no se contradice de ninguna manera con la imagen de una escritora parca. "En vez de la escritora remolona, emerge una profesional *full-time*, cuya jornada incluía tanto el despacho de cartas y oficios consulares como la redacción de prosas y poemas, la lectura de material técnico y literario, más la tertulia, la buena conversación criolla que duraba horas y equivalía a un texto oral redactado con el humo de los cigarrillos". Gabriela Mistral (1999), p. 10.

¹⁷ "En verdad a mí se me ha vuelto pedagogía el que lean a Reyes las gentes: higiene interna, cátedra de decencia, forzadura al buen gusto y heroicidades delicadas que hay que aprender." L. Vargas Saavedra, *op. cit.*, p. 68. "Usted sabe cómo le quiero su escritura; pero hasta dónde ella me hace bien no lo sabe; me da, Alfonso, un orgullo de tía o de hermana vieja; me da una sensación muy saludable de limpieza o de decoro americano; casi chocheo con ello. Mando esos libros que usted no reparte, a las librerías, a amigos que no quiero que queden sin ellos." (p. 88.)

¹⁸ Sobre el valor de la cultura clásica en "la tragedia intelectual que estamos viviendo en ciertos pueblos", consúltese *Ibid.*, pp. 143-144 y 157-

No podía haber demérito en esta confesión de ignorancia pues entre las prendas reclamadas por Gabriela Mistral ante Reyes no se encuentran ni la erudición ni las sutilezas intelectuales; prendas que, por otra parte no le eran ajenas. Recuérdese, tal y como lo hicimos líneas arriba al referirnos a su apego a Amado Nervo, que las orientaciones más profundas de nuestra escritora responden a una dulzura y una sencillez de origen cristiano. Los atributos en los que nuestra escritora quisiera ameritarse no pertenecen ni a las complejidades de la razón ni a los torneos de la inteligencia, sino a las de los sentimientos y las emociones. Por encima de las crisis religiosas que sacudieron sus días, Mistral es una mujer de letras que decidió dar testimonio de un cristianismo pobre, asistencial, pastoral; una mujer piadosa que se busca en las virtudes cristianas más humildes, como las que caracterizan a los elementos de la naturaleza; una mujer *buena* que contempla llena de gozo la verdad evangélica de Francisco de Asís, centrada en una experiencia muy intensa de la pobreza humana. “[...] porque la pobreza es una experiencia de fineza... Yo tengo la costumbre de la pobreza”. En este depósito profundo de religiosidad se alimenta (y se explica) el sustrato más sólido de la personalidad docente que realmente encarnó y que no dejó de construir a lo largo de su vida mediante las formas simbólicas de la literatura.

158. En cuanto a la humildad intelectual de la escritora chilena, leamos estas palabras: “Para densidad de volumen, bien que tenemos con la [Cítica en la Edad Ateniense], ya lo sé, pero eso es para muy pocos y entre estos pocos yo no estoy: me falta mucho para ser digna del libro, es decir, para merecerlo.” *Ibid.*, pp. 137-138.

Gabriela Mistral, maestra. Maestra pobre de niñas pobres en una escuela miserable del Valle Central de Chile; maestra ignorada por la gratitud ausente de sus alumnos; maestra humillada por la indiferencia de las personas a cuyos hijos educa; madre vicaria; *maestra que mastica piedras para que sus gentes puedan masticar el pan*. La figura de la maestra planteada por Gabriela Mistral es el simulacro de un Cristo pastor, mayoral de sus hijos más pequeños; Cristo misionero.¹⁹

En las misivas que Gabriela Mistral envió a Alfonso Reyes también confió las pruebas de su propio dolor físico, la destrucción paulatina de su cuerpo y, a su pesar, a espaldas de sí misma, la dispersión de su inteligencia, el desarreglo de sus emociones.²⁰ Casi ciega para redactar su correspondencia, para leer sus libros y escribir

¹⁹ En este pasaje, con excepción de la frase subrayada, se han elaborado expresiones contenidas en los poemas “La maestra rural” y “La oración de la maestra”. G. Mistral (1993), *Desolación*, pp. 14-16 y 43-44, respectivamente. La frase subrayada es una cita indirecta de una declaración hecha por Gabriela Mistral con motivo de la última carta que le envió a Alfonso Reyes; carta que será la materia de mi comentario en la parte final de este artículo. “Y me acude un aroma de brasero que es toda mi vida de maestría pobre en escuela más pobre aún. Quince años, cosa apenas formada, yema de persona, y ya estaba yo ‘mascando piedras’ para que mis gentes mascaran su pan.” Para ese lugar reservo la referencia correspondiente.

²⁰ Hacia 1952, poco antes de abandonar sus obligaciones como director de la UNESCO, Jaime Torres Bodet fue testigo de este desarreglo. El escritor mexicano debía presidir la Conferencia Internacional de Artistas en el Palacio Ducal de Venecia. Gabriela Mistral figuraba como vicepresidente, junto con otras personalidades. Éste es el testimonio de Torres Bodet: “Gabriela Mistral –que había aceptado la invitación de la UNESCO– estaba en el Hotel Gritti. Pero no quiso, o no pudo, participar en la Conferencia. Me envió un recado: quería charlar conmigo. Una tarde, fui a verla. La encontré fatigada y triste. No era la

una obra que resulta cada vez más parca, cancerosa y diabética, arterioesclerótica, se duele continuamente de la marcha de su corazón. Ciertos o falsos los males cardíacos que denuncia ante su amigo Reyes, éste sí enfermo cardíaco probado, a medida que pasan los años 50, encargada del consulado de Chile en Nueva York, Gabriela Mistral aumenta el volumen de sus lamentos.

[...] ando con 'un cuerpo *que no vale nada*', se triplica el plazo de las pocas cartas que escribo. La diabetes –herencia de mi madre– la llevo desde hace más de 3 años, tal vez 5. No hay ningún dolor, queridos, pero hay una tal flaqueza que yo preferiría a ella el tener un dolor de gritar, pero que pasase esta cosa de no ser mío precisamente mi cuerpo, nada menos.²¹

Hacia 1954 es notorio el desequilibrio de sus emociones, así como también las trampas que la memoria le tiende. Qué penoso debió haber sido para Alfonso Reyes presenciar, mediante su correspondencia, el deterioro de una mujer sólida, cabal e

misma Gabriela que traté en México, durante los años vasconcelianos. Me explicó la causa de su amargura. Su hijo adoptivo –al que adoraba– había muerto en el Brasil. [...] Para cambiar de tema, pregunté a Gabriela qué estaba escribiendo en aquellos meses. –'Poca cosa', me dijo. Y regresó al asunto que le importaba: describirme su trágica soledad. [...] No le interesaba la fama. Parecía no recordar siquiera su Premio Nobel. Más por orgullo –y por desencanto– que por modestia, se resistía a hablar de literatura. Era, dentro de su largo vestido negro, la imagen misma del título de uno de sus libros: *Desolación*". J. Torres Bodet, *op. cit.*, pp. 206-207.

²¹ L. Vargas Saavedra, *op. cit.*, p. 220. En cuanto a la certeza discutida de los padecimientos cardíacos de Gabriela Mistral, consúltese el comentario de L. Vargas Saavedra, que se apoya en el célebre cardiólogo mexicano Ignacio Chávez, p. 209.

inteligente. Sin embargo, nunca dejó de dispensarle la atención más cortés.

A pesar de las capacidades menguantes de la gran escritora, Reyes, junto con Palma Guillén, que entonces lo frecuentaba en su domicilio de la colonia Hipódromo Condesa, fue el beneficiario de una misiva en la cual Gabriela Mistral dio testimonio de un maravilloso instante de lucidez, una verdadera revelación que se abrió paso en esa alma adolorida y buena, una experiencia de la gracia. En ese papel, nuestra autora expone, en los términos más perdurables de su obra literaria, su regreso a la sencillez y a la pureza una vez que se ha visto desalojada del mundo. Así, la figura de la maestra humilde, pastora de su grey, misionera y apóstol de la verdad sencilla de las primeras letras vuelve al primer plano de la vida de la escritora sin angustias. Desde la altura del año 1955, Gabriela Mistral evocó una figura que había textualizado en un libro de 1922, *Desolación* ("La maestra rural" y "La oración de la maestra").²² A partir de esas obras, la figura a la cual hago alusión no había dejado de vincularse con otros lugares privilegiados de su trayectoria poética, constituyendo así un símbolo en el cual se condensa el sentido docente de la personalidad pública de la escritora; un símbolo de un fuerte sentido evangélico: la maestra que ofrece su lección cotidiana, sencilla y profunda, mediante los humildes instrumentos tradicionales del discurso (canciones, rondas, jugarretas, arrullos), a niños pobres en un "atrio pobre". Expongamos este hecho con cierto detenimiento.

La carta a la cual nos estamos refiriendo fue escrita por Gabriela Mistral en diciembre de 1955, luego de abrirse paso con

²² Véase nota 19.

muchas dificultades entre los padecimientos físicos que la cercaban.

Ya saben: por la vista flaca prefiero conversarles a lápiz y a los dos. Léanse la carta –el garabateo de hormigas que ahora sale de mi mano. Veo muy mal y tengo días en que leer es un suplicio. Y crece el dolor de cabeza, el dolorazo que me aprendí en España cuando me hablaban a gritos, por horas y horas, en mi oficina consular, gentes sin noción alguna del tiempo ajeno y sin ninguna humildad.²³

Después de lamentar que “con los años nos vamos reduciendo a escombros”, Mistral orienta su atención hacia el Valle de Elqui, su solar patrio, donde se evoca a sí misma en plenitud, en posesión “de unos sentidos certeros y alertísimos”. Gracias a este movimiento retrospectivo, Gabriela Mistral se encuentra dueña de sí misma, de lo mejor de sí misma; entonces, rememora nítidamente el aire frío, la frescura de la nieve, el aroma de la manzanilla “que mi madre ataba para sus infusiones”. Gabriela escribe a Reyes y a Guillén que estas sensaciones llegan hasta ella al redactar las estrofas de su “Recado sobre Chile”, que terminará por convertirse en el libro póstumo *Poema de Chile*. En su carta, la escritora introduce estos motivos mediante verbos de acción conjugados en primera persona del presente de indicativo, como si la distancia de la evocación literaria se hubiera borrado y lo que se transcribe fuese una experiencia viva por medio de la cual la enferma se restituye en el pasado, en el tiempo de la plenitud, allí donde es verosímil escribir “huelo”, “atrapo”, “reconozco”... En seguida, Gabriela

Mistral se incluye en la escena que el texto rememora en la figura de una adolescente de 15 años que desempeña las tareas de una profesora rural de primera enseñanza. “Y me acude un aroma a brasero que es toda mi vida de maestría pobre en escuela más pobre aún”, añade utilizando un giro reflexivo. Y sobrevienen entonces, “con tiempo y obra anulados”, las últimas líneas de la misiva gracias a las cuales se actualiza la pobreza evangélica de una joven mujer que ofrece a los suyos el pan. Un apóstol de la verdad sencilla que cumple con su oficio en “esa escuela sin tablas en el suelo, de puro barro reseco”, cuyo adjetivo demostrativo la aproxima físicamente a los lectores de la carta: “allí me fui haciendo el alma, y allí me acudieron los primeros ritmos”. La “maestría pobre” concluye la carta ofreciendo la imagen que de ella misma ha quedado, una vez que el tiempo y las obras han sido anulados; una vez que los recursos de la evocación literaria se han convertido en los de la *expresión* de una *experiencia* cabal, presente. Es un pasaje redactado con base en verbos conjugados en las formas del presente, indicando con ello que la acción está ocurriendo mientras se la enuncia, que nunca ha concluido, que permanece y que sólo aguarda a la mujer que en 1955 regresa a encontrarse consigo misma.

[...] *sigo* sentada allá en una mesa tosca y enclenque, *mirando* las cabezas peinadas, el moño de laca china de una niña que apunta la lección y *acaricio* las cintas blancas como floripondios que se mecen mientras la chiquita escribe apretando la boca y las cejas.²⁴

²³ L. Vargas Saavedra, *op. cit.*, p. 229.

²⁴ *Loc. cit.* Los subrayados son míos.

Sólo entonces, *acariciando* los cabellos de la niñita que escribe afanosamente su lección, Gabriela Mistral se despide de los destinatarios de su mensaje. Ésta es la última línea de la carta: “Apenas puedo despedirme de ustedes...”■

BIBLIOGRAFÍA

- Fell, Claude, compilación y notas (1995) *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes. 1916-1959*, México, El Colegio Nacional.
- González Martínez, Enrique (2002) *La apacible locura, Obras. Prosa I*, México, El Colegio Nacional.
- Mistral, Gabriela (1993) *Poesía y prosa*, Jaime Quezada, selección, prólogo, cronología y bibliografía, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- _____ (1999) *Recados para hoy y mañana. Textos inéditos compilados y seleccionados por Luis Vargas Saavedra*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana.
- Pellicer, Carlos (1996) *Poesía completa*, vol. II, Luis Mario Schneider y Carlos Pellicer López, eds., México, CNCA-UNAM-Editiones del Equilibrista.
- Pellicer, Carlos y Alfonso Reyes (1997) *Correspondencia 1925-1959*, Serge I. Zaïtzeff, ed., México, Ediciones del Equilibrista-CNCA.
- Reyes, Alfonso (1960) “De poesía hispanoamericana”, *Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XII, México, FCE.
- _____ (1969) *Diario. 1911-1930*, México, Universidad de Guanajuato.
- _____ (1989) “Himno a Gabriela”, *Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XXII, México, FCE.
- Sirinelli, Jean-François (2005) “Le hasard ou la nécessité? Une histoire en chantier: l’histoire des intellectuels”, *Comprendre le XXe siècle français*, Paris, Fayard.
- Torres Bodet, Jaime (1981) *Memorias*, t. II, México, Editorial Porrúa.
- Vargas Saavedra, Luis (1990) *Tan de usted. Epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile-Hachette.